

Capitán

La historia de Mario Lepe

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Cristian Arcos

Derechos exclusivos de edición:

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia,
Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2024

ISBN: 978-956-408-541-8

Impreso en:

CRISTIAN ARCOS

Capitán

La historia de Mario Lepe

 Planeta

A Carolina, por aceptar ese café.

A Osvaldo, mi padre, mi superhéroe.

*Me eligió como se elige un
libro en una biblioteca.*

JUAN VILLORO

Contenido

Un animal	13
Nunca más volvió	17
Aguas negras	29
Nacer a los quince años	33
La edad dorada	49
Su capitán	89
No voy a hablarles de un hombre común	111
Campeones otra vez	119
El final es donde partí	125
“Así te quería ver”	149
¿Por qué?	159
Agradecimientos	167

Nunca más volvió

Muchos niños sueñan con ser futbolistas. Imaginan un estadio lleno, la hinchada coreando sus nombres, vueltas olímpicas, murales con sus rostros, camisetas con sus apellidos tatuados en el dorsal. Vivir jugando a la pelota.

Mario Enrique Lepe González fue futbolista profesional por más de dos décadas y nunca quiso serlo. De chico no era hincha de ningún club. No tenía ídolos ni sentía admiración por los jugadores más renombrados de la época. Ni siquiera los conocía. Le gustaba el fútbol. Le encantaba jugarlo, todo el día, de sol a sol, en cualquier espacio disponible donde se pudiera simular una cancha. Pero no soñaba con ser futbolista. Mario Enrique Lepe González no soñaba.

Nos reunimos en un café de la comuna de Providencia. Días antes le escribí un mensaje diplomático, solicitando una entrevista. De inmediato fue planteada la idea de escribir un libro que abordara su trayectoria, pero también su biografía fuera del terreno de juego. Con cortesía respondió que le diera algunos días para pensarlo.

Mientras esperaba su respuesta, comencé a reunir la mayor cantidad de datos posibles sobre su carrera. Fue parte del plantel de honor de la Universidad Católica por dieciocho temporadas consecutivas. No jugó en ningún otro club, lo que hoy parece una excentricidad. La estadística registra que defendió a la UC por 639 pleitos, mucho más que cualquier otro futbolista de la institución.

Lepe aceptó el proyecto sin condiciones ni restricciones. Acordamos reunirnos una vez a la semana en la misma locación y horario. Planificamos una rutina entre entrevistador y entrevistado. La agenda no siempre calzó, pero en general se mantuvo el acuerdo. Muchas horas de conversación y varios litros de café.

En la primera cita, antes de encender la grabadora, fuimos interrumpidos por una frase que se escuchó con frecuencia, a menudo lanzada por algún transeúnte anónimo o un conductor que bajaba el vidrio y disminuía la velocidad del vehículo: “¡Grande capitán!”. Lepe sonreía con amabilidad y cierto aire de timidez que nunca abandona. Para los hinchas de la Universidad Católica, sigue siendo el capitán pese a que dejó la actividad el año 2000.

—¿Quién es Mario Lepe?

—Es difícil definirse. Una persona de esfuerzo, sacrificado, honesto. Que tiene cosas muy malas y cosas muy buenas. Soy amigo de los amigos, aunque tengo pocos, eso sí. Trato de ayudar a la gente que uno puede en momentos difíciles. Soy tranquilo, callado, no me gusta salir mucho. Los amigos que tengo los veo poco. Soy más de mi casa, como la tradición de mi abuela y mi mamá. Ellas podían vivir en otro lado, pero su casa era siempre su casa. No soy de familia grande. Mi madre vive donde crecimos, en Las Condes. Se llamaba Villa de Obreros Municipales, en Paul Harris con Río Guadiana. Antes de eso vivíamos en una toma que estaba en General Blanche con Paul Harris.

—¿Cuál es tu primer recuerdo?

—Ahí, en esa toma. Se llamaba Vivero Municipal y estaba cerca de la municipalidad, en pleno cerro. No había casas. Jugábamos al lado de una fábrica de ladrillos. La competencia era pasar entre los hoyos, donde metían el fuego. El valiente pasaba. Empezamos a participar en la confección de los ladrillos, pero porque nos gustaba. Nadie nos pagaba.

Mario es el mayor de los hijos varones del matrimonio Lepe González, un clan compuesto por su hermana Verónica, la mayor, y sus hermanos Héctor, Óscar y Patricio.

—¿Cómo era tu vida en ese lugar?

—Era una casa en una toma, eso ya marcaba mucho. Una toma de los obreros. Cuando alguien se iba te tomabas el terreno y pasabas a tener más patio. Todo era camino de tierra. De la iglesia Los Dominicos hacia arriba no había nada. Parcelas, terrenos. Después de Paul Harris vivíamos nosotros. Era mucho más allá. Todo estaba distanciado. No pasaban micros. Teníamos que bajar a Apoquindo con Camino El Alba o ir a Tomás Moro con Colón y buscar una forma de transporte.

—¿Fuiste al colegio por ahí cerca?

—Primero fui a la Virgen de Pompeya. Llegué hasta sexto básico. Lo pasé muy mal en el colegio. Nunca me invitaron a ninguna ceremonia ni cuando se juntan los excompañeros. Recién me buscaron cuando era futbolista conocido. Les dije que no. Nosotros íbamos a ese colegio porque nos daban comida. Éramos pobres. Pobres como las ratas. Teníamos poca comida, el piso era de tierra, el techo de fonolita. El frío entraba por todas las rendijas. Nos calentábamos con un brasero. Vivíamos en un sitio con dos habitaciones. El baño era una pieza de dos por dos. Nos bañábamos en un tambor. De repente, íbamos a buscar tomates, papas, choclos.

La pobreza rodeaba a Mario Lepe. Una pobreza que no solo era económica. Una precariedad naturalizada, donde no había espacio para la esperanza. Un mundo estático, con un porvenir imposible de distinguir tras la bruma de la miseria.

—¿Tenían noción de la pobreza en que vivían?

—La vivíamos a diario. Cuando dicen que el hambre duele, es verdad. Duele físicamente. Pasé mucha hambre. Ahí está el trabajo de mi mamá. Ella apuntalaba con la comida.

No sé de dónde cresta sacaba plata. Si pedía fiado, prestado, no lo sé. Nunca se lo pregunté. El mérito era de ella porque mi papá fue un curado, un alcohólico, un borracho, desde que tengo uso de razón. Era mi mamá la que llevaba todo.

La madre de Mario Lepe se llama María Hortensia González.

—Mi mamá era el bastión, con todas sus limitaciones. Era con más amor que consejo. Ella nos entregó muchas cosas que afortunadamente nosotros tenemos como familia. De todos mis hermanos, ninguno es alcohólico, ninguno se ha sobrepasado con su mujer o sus parejas, todo lo contrario a lo que era mi papá. Todo lo que vivimos con él pudimos haberlo replicado y no fue así. Crecimos con esa violencia.

La figura del padre atraviesa su relato. Aparece por las grietas en diferentes momentos, sin poder evitarlo. Una figura distante. Un ejemplo para no seguir. Lepe se crio desde la oposición a su progenitor. Sin embargo, sus caminos se cruzan en cada sendero, aunque pretenda tomar un desvío. Ese padre violento, agresivo, adicto, con quien compartían nombre. Ambos eran Mario Lepe. Una sombra que lo persigue y lo mantiene atado a recuerdos que muchas veces quiso olvidar.

—Con la nueva ley que permite cambiar el orden de los apellidos yo pensé en hacerlo, pero la gente me conoce mucho. Cargar con el mismo nombre que mi padre es duro. Ya tengo un nombre, hice una carrera y sin querer lo di a conocer a él porque nos llamábamos igual. Incluso estoy proponiendo que para el nuevo San Carlos de Apoquindo la tribuna que lleva mi nombre se llame Mario Lepe González, porque creo que mi mamá se merece eso y mucho más, a pesar de que hoy no tengo una relación muy cercana con ella. No la voy a ver todos los fines de semana o todos los meses.

Una o dos veces al año, con suerte. La llamo mucho, eso sí. Tengo muchos problemas con mis hermanos. Por negocios, por plata. Siempre que hay plata metida queda la escoba. Los veo poco, además que no me gusta el choclón. Con mis tíos, por el lado de mi mamá, nos juntábamos todos. Ellos eran once. La pasábamos bien. Después fuimos creciendo, nos fuimos dividiendo, apartando y ya no es lo mismo.

Los círculos de violencia son herméticos, insuperables. Mario Lepe y su familia vivían una violencia desatada al interior del hogar. Un padre maltratador, física y psicológicamente. Un alcohólico que arremetía con todo y todos a su paso. Cuando el futuro capitán de la Universidad Católica buscaba una puerta de salida, muchas veces no encontró vías de desahogo.

—En el colegio lo pasaba mal, las monjas eran estrictas, muy pesadas. Había que poner las manos y te pegaban con una varilla. Me arrancaba. Lo único bueno era que ir al colegio me aseguraba comer una o dos veces al día. En el primer recreo te daban comida, un conejito con leche que no le gustaba a nadie. Me comía el que dejaban mis compañeros. En el almuerzo nos daban un pedazo de dulce de membrillo. No dejaba nada, me comía las sobras y las galletas de los otros. Te daban cuatro para cada uno. Reunía como veinte y las llevaba para la casa porque sabía que no íbamos a comer más en todo el día.

La pobreza duele. El hambre duele. El hacinamiento duele. Las fisuras que provocó ese entorno son detectables hasta hoy. A Lepe le cuesta demostrar emociones. Fue criado para callar, para resguardar un secreto que todos sabían.

—¿Cómo vivían en tu casa? ¿Cómo dormían?

—En una pieza estaban mi mamá y mi papá. Era la misma donde veíamos tele. Y en la otra, mi hermana con

mi hermano chico en una cama y los otros tres dormíamos en otra. Con el tiempo compraron un camarote y pude dormir solo. Después tuvimos un comedor. Hicimos otra pieza donde dormía un tío que se fue con nosotros. Escuchábamos todo. Nada de intimidad. Yo era chico, pero me acuerdo. Son cosas que un niño no debería escuchar. No sé los demás, nunca les pregunté a mis hermanos, pero a mí me quedó grabado eso. No sé si era porque era el más grande y me preocupaba por todos, pero estaba alerta siempre.

El fútbol aún no estaba presente en la partitura. Apenas se asomaba como una distracción en una rutina donde todos los días eran iguales. Un amigo lo acompañaba en sus primeras incursiones: Leonel Barrientos. Vivían a muy poca distancia. Juntos comenzaron a jugar a la pelota. Muchos años después ambos llegaron al fútbol profesional defendiendo la camiseta del mismo equipo, la Universidad Católica.

—Me movía gratis a todos lados porque me colaba. Me cambiaba de una micro a otra, pidiendo que me llevaran porque no tenía nada. En esa época conocí a Leo Barrientos y nos hicimos amigos. Íbamos a todos lados juntos. Vivíamos muy cerca. Me gustaba ir a su casa porque me daban desayuno. De pronto miro hacia atrás y me sorprende de cómo hice las cosas. Hoy la gente me conoce, me pide fotos, es cariñosa. El otro día llamé a un apoderado de la escuela de fútbol y me dice que yo era su ídolo. Esa admiración que siente la gente por mí me sorprende. La agradezco, por supuesto. Pero no me olvido de que yo estaba en lo más pobre. Hace poco pasé por la toma de Peñalolén y me dio pena. Yo vivía así. Sacábamos el agua de una acequia o vertiente, la metíamos en un tambor y nos bañábamos. Íbamos a las parcelas a sacar manzanas, duraznos, damascos, peras, para poder comer. No era por excursión. Lo hacíamos para

comer. Nos juntábamos diez huevones, con tarros grandes de leche Nido y partíamos a buscar fruta.

El padre de Mario Lepe también jugó al fútbol. Hizo inferiores en la Universidad de Chile durante la época de máximo esplendor del club, cuando eran conocidos como el legendario Ballet Azul. Tuvo pocas posibilidades de encajar en una plantilla conformada por jugadores de enorme nivel. Fue a Ñublense, pero pocos recuerdan ese paso. El alcohol truncó una carrera que nunca despegó. La versión que conoció su hijo fue la de un hombre sometido a su adicción a la bebida.

—Había papás en el barrio que eran ordenados, no tomaban, tenían sus cosas. Nosotros no teníamos nada porque mi papá se lo tomaba todo. Siempre fue así, alcohólico, violento. La que más sufrió fue mi mamá y mi hermana, aunque el hombre la agarraba con todos. Mi papá era obrero municipal. Trabajaba en los camiones de la basura. Toda la vida. Mi mamá hacía aseo en las casas y después empezó a coser ropa de guagua.

—¿Cómo era para ti cuando tú papá llegaba borracho a la casa?

—Era muy habitual. Generalmente llegaba curado. Había que ir a buscarlo porque lo encontraban botado en la calle, orinado entero. Un nivel de alcoholismo tremendo. Varias veces hizo tratamiento. Una vez duró como cuatro años. Pero era peor, porque mi papá era pesado sin trago, muy violento. Seguramente a él lo trataron así cuando chico, a los golpes. Si hacías algo te pegaba correazos fuertes, nos dejaba marcados. Mi papá era un verdadero animal. No sabía leer ni escribir. Mi mamá sí, por eso ella tenía un poco más de comprensión de cómo tratarnos. Era una mujer muy machista en una sociedad que era muy machista. Mi mamá

empezó a trabajar. Esto siguió hasta que un día eché a mi papá de la casa.

—¿Cuándo lo echaste y por qué?

—Tenía quince años. Ya estaba en la Universidad Católica. Un día llegué a la casa. Venía con el ánimo arriba porque estaba siendo titular y al día siguiente jugaba, me estaban dando opciones en el equipo. Era un viernes y me acosté temprano. Yo sabía que ese día mi papá iba a llegar curado porque los obreros municipales se iban a tomar todos los viernes, día de pago. Los sábados mi papá andaba siempre pasado a copete. Esa noche llegó y siento gritos. Eran de mi mamá. Me levanté y estaba sangrando. Le pregunté qué pasaba y me dijo que había sido mi papá. Él estaba acostado, haciéndose el dormido. Me dio tanta rabia y me fui encima con todo. Le saqué la cresta. Nunca le había pegado. Él siempre me pegaba porque me metía a defender a mis hermanos más chicos. Patricio, mi hermano menor, era el único que pensaba que mi papá era un santo porque nunca vio nada, se quedaba dormido, siempre lo cuidamos. Mi hermana lo sacaba para otro lado. Él tiene una bronca conmigo porque yo no voy al cementerio a ver a mi papá. Para qué voy a ir a verlo si no lo veía desde mucho antes de que se muriera. Al menos quince años que no lo veía. Ni siquiera lo hemos conversado. Si supiera todas las cosas que hizo mi papá probablemente lo odiaría.

En sicología se habla de matar al padre, el momento en que los hijos se percatan de que el progenitor no es aquella figura inmaculada capaz de solucionar todos los problemas. Matar al padre, bajarlo de ese pedestal y reconocerlo como una figura humana, de carne y hueso, con ripios y defectos, atributos y cualidades. Cuando eso sucede, ambas figuras, padre e hijo, suelen aceptarse. Un tránsito necesario y saludable. En el caso de Mario Lepe ese proceso nunca

existió. Su padre nunca fue el respaldo necesario, nunca fue el refugio de las lágrimas o el estricto ejemplo a quien obedecer. Los detalles del día en que expulsó a su padre de su casa son reveladores.

—Esa noche agarré una maleta y lo obligué a que echara sus cosas y se fuera. Volvía todos los días curado, haciendo escándalo. Tenía que salir yo a enfrentarlo. Mi mamá se fue a la casa de una tía que vivía cerca. Se llevó a mi hermana y me quedé con mis tres hermanos. Esa situación se repitió un par de meses hasta que hablé con la gente de la Católica y ellos fueron a hablar con él para que nos dejara tranquilos. Dejaron una constancia en Carabineros y se lo llevaron detenido. Le advirtieron que lo iban a demandar y mi papá nunca más volvió.

—¿Tú papá te fue a ver jugar alguna vez cuando eras niño?
—Nunca.

El destino suele revolver la baraja y esparcir el naipe a su antojo. Cuando queremos que las cartas marchen por un sentido, un torcido misterio las deposita en el carril del que no pueden escapar. Mario Lepe nunca quiso parecerse a su padre y lo consiguió. Pese a que se llaman igual, pese a que se dedicaron a lo mismo.

—Mi papá jugó en la época del Ballet en la Universidad de Chile, pero como ya era alcohólico, además de los grandes jugadores que había, nunca tuvo mucho espacio. Se fue a jugar a Ñublense. Ahí se mandó todas las cagadas y lo echaron al tiro. Mi abuelo también era alcohólico. Yo lo conocí grande, cuando mi hijo mayor tenía como diez años. Me retó y le eché un par de chuchadas. Íbamos manejando. Yo quería conocer a mi abuelo y unos primos me querían conocer a mí, así que coordinamos.

Habituar al dolor, normalizar la violencia, una cadena sin filtro ni estaciones intermedias. Mario Lepe convivió minuto a minuto, hora tras hora, día tras día, con una secuencia de agresiones que distorsionaban la imagen de su progenitor hasta diluirse en una bruma espesa. ¿Cuál era su verdadero padre? ¿Aquel hombre silencioso, taciturno, que había jugado al fútbol, cuyos amigos y parientes conocían como “el Mosca”? ¿O era ese que llegaba borracho, bullicioso, que no dejaba en paz a propios y ajenos? La respuesta siempre fue la misma, aunque intentara camuflarla: era la misma persona, en sus dimensiones extremas.

—Yo tenía una relación con mi papá, pero era hasta que tomaba. Lo intenté, pero tenía toda la rabia en la cabeza. Cuando ya era futbolista veía que se acercaba porque quería que le pasara plata. No le daba porque no se lo merecía. Le pagaba un par de cosas, algunas cuentas, pero siempre volvía a tomar y quedaba la media cagada otra vez. Lo traté de ayudar. Tenía un amigo en una farmacia y le decía que mi papá iba a pasar, que anotara lo que compraba y yo le pagaba. Casi nunca me iba a ver jugar y cuando lo hacía llegaba medio puesto y me daba mucha vergüenza. Le importaba muy poco la familia, los hijos. Él no era cariñoso. No tenía noción de nada.

—¿Cómo te marcó la figura de tu papá cuando tú fuiste padre?

—Traté de ser totalmente distinto. Dejé que mis hijos hicieran lo que quisieran, nunca les prohibí hacer algo. Desde elegir su ropa hasta que decidieran lo que querían estudiar. Siempre estuve presente. Estaba en sus cumpleaños, sus fiestas de fin de año, todos sus actos. Apoyaba a los otros chicos, regalaba cosas en sus actividades. Los auspicié varias veces porque jugaban al hockey, mi hija hacía patinaje. Traté de ser un hombre decente. Hacer todo lo contrario a lo que hacía mi papá. Yo no quería ser como él. No quería

que mis hijos me recordaran así. No hablo mucho con mis hijos sobre mi papá. Ellos lo conocieron poco. Nunca los dejé solos con él porque mi papá era un animal y podía pasar cualquier cosa. Nunca lo dejé solo con mis hermanos. Hasta ese nivel de desconfianza tenía con mi papá.

—¿Cómo hiciste para que toda esa violencia en la que te criaste no afectara tu forma de ser?

—Afortunadamente llegó la Universidad Católica. Y mi vida cambió para siempre.